

de la ciudad, con una colosal estatua de la Virgen en la cumbre. Tuvimos mucha dificultad en hacer conocimientos y amistades con chilenos, porque como en cualquier parte de Sudamérica, *the british who favour the country with their presence, do not mix with the natives beyond what is necessary for business or official purposes*». (Casi le consta al que señala que Ronald Fraser conoció a muchos *nativos* y se deshizo en cumplimientos con ellos. Desde lejos, la contraria. N. del T.).

Después de estos lances, siguen los tres juntos, los dos caballeros y la dama perseguidora, la ruta que suponen llevará Pino. Y en efecto, al llegar a Lima, se encuentran con que hay revolución y Pino está tomando parte principalísima en la revuelta. Para terminar, porque todos estamos hartos de Pino, y de Fraser, uno de los dos caballeros acompañantes de la señora, mata a Pino. Y no tiene el buen gusto de matar al autor.

No hay que indignarse por estas patochadas. Tienen interés. Las aguas tropicales son sin duda, las que Fraser utiliza por las mañanas, al darse la ducha que le prepara para pergeñar otras narraciones por el estilo. Hay quien no hace sino hablar por hablar y quien se dedica a escribir por escribir. Al que señala le gustaría, para su propio regocijo, que el autor de «*Tropical Waters*» hiciera una novela española con los toreros diciendo misa entre dos bandidos, o una novela rusa con mujiks, isbas, kolokol y varios comedores de niños crudos llamados de segundo nombre, inevitablemente, Ivanovitch, y pertenecientes a la Cheka.

Francia pregunta

□ Coincidiendo—por azar, probablemente—con las informaciones primeras del asunto Stavisky y siguiendo hasta estos días, abrió «*L'Intransigeant*» una encuesta rotulada: «*Que pensez-vous de la France ...*». Y dirigió su pregunta a gente de esta calibre: Ivan Bunin, Aldous Huxley, Heinrich Mann, Thomas Mann, Rudyard Kipling, Theodore Dreiser, Salvador de Mada-

riaga, Gertrude Stein, Stephan Zweig, C. F. Ramuz, Maurice Baring... A cuantos extranjeros figuran en la fila primera de los escritores actuales.

Algunas respuestas son dignas de reproducirse, al menos en su parte principal.

Huxley dice amar a Francia, no sólo por demostrarlo viviendo en ella una gran parte del año, sino por ser un país donde se conserva el respeto a la libertad individual, cuyas ventajas, compensan de más, los defectos económicos y políticos que lleva anejos. Porque Francia permanece fuera de las histerias colectivas que dominan a otros países.

Ivan Bunin, no cree que pudiese vivir en otro país que no fuéase Francia. Por las mismas razones que expone Aldous Huxley: porque allí existe la libertad de pensar y decir, que no podría tener en otras partes. Para él, esta libertad es el ideal de un pueblo y lo que le hace apetecible para vivir en él.

Maurice Baring dice: «Si la civilización estuviese encaminada fatalmente a la derrota, el último cartucho lo quemaría Francia».

Ramuz: «Francia es uno de los pocos países donde el pensamiento no es un monopolio del Estado».

William R. Seabrock: «Francia es el único país cristiano y civilizado donde un hombre puede vivir con tranquilidad y hacer bien el trabajo para que sea capaz».

Theodore Dreiser: «Mi admiración por el pueblo francés y por su maravilloso país, es, a priori, considerable. Los orígenes de Francia, sus aspiraciones, su gusto nacional, sus hombres de Estado, sus reyes fantásticos, y sobre todo, sus escritores y artistas son dignos de la más grande admiración. En todo caso, no conozco lo suficiente vuestro arte y vuestra literatura para hablar de ello de una manera definitiva. Aprecio vuestra hermosa arquitectura, vuestros encantadores paisajes, pero, después de haberos tributado todos estos cumplidos, estoy obligado a decir que la dificultad esencial que se tiene con los franceses proviene

de la profunda ilusión que ellos se hacen de sí mismos. Por otra parte, los franceses están alimentados en esta ilusión por todos los extranjeros, incluso aquellos que no gustan de Francia. En una palabra, ésta ilusión de que París es la más atrayente de las ciudades, que París es el centro de la civilización europea; que, consecuentemente, la raza francesa es la más inteligente de todas, la más artística y la de mayor cordura; que posee una ciencia del buen humor y de la urbanidad que otras naciones no consiguen alcanzar... Entre vosotros, ni se viaja, ni se estudian los idiomas extranjeros...».

Esta opinión de Dreiser, que se prolonga con unos comentarios desfavorables a los porteros de París, tiene gran parte de razón. Pero no una excesiva importancia al lado de las anteriores. Hay que tener presente, además, que al principio de la respuesta, el autor de «Una tragedia americana» confiesa: «No tengo la costumbre de entenderme sobre aquello que no se usa en América». Preámbulo sincero e importante.

De toda esta serie de preguntas y respuestas que ha formulado el popular diario parisién, hay una deducción que campea sobre las otras que puedan hacerse: Que Francia es un país donde la libertad tiene una importancia básica. Admirable.

—¿Qué tiene Francia sobre los demás países,—me preguntaba un amigo, discutiendo, el otro día, en una comida—qué tiene para que usted le profese esa admiración?...

—Sería muy largo de exponer,—respondí—Pero me bastan pocas palabras: Tiene lo mismo que la Marsellesa tiene sobre todos los demás himnos nacionales.

Helba Huara

□ Esta danzarina ha desorientado a los espectadores europeos. A los espectadores dignos de consideración, que son los susceptibles de sufrir una desorientación interesante.

Las danzas de Helba Huara han caído de improviso, como una